

» Acacio, obispo de Berea, Isidoro que lo era de Ciro, y
 » Teodoreto de Hierópolis, acompañados de varias per-
 » sonas de distinción, y de algunos magistrados, que,
 » llevados de su fé, quisieron acompañarles en su piadosa
 » visita. Los recibió con el respeto debido á su elevada
 » categoría, y habiendo tomado asiento, esperaban que
 » empezase á hablar. Pero como el esperase también que
 » otro lo hiciese ántes, le dijo uno de los de la comitiva,
 » que ya le conocia, por haber estado bajo su dirección :
 » Padre mio, todos los que veis aquí, hasta los mismos
 » prelados, han venido para escuchar de vuestra boca
 » algunas palabras de edificación ; no los priveis de los
 » beneficios que piensan reportar de esta visita. »

« El humilde Marciano suspiró, y no queriendo decir
 » cosa alguna que pareciese fruto de su ingenio, apeló
 » al gran libro del universo y á las instrucciones que Dios
 » nos da en las santas Escrituras, Dios nos habla, dijo,
 » por la boca de todas sus criaturas, y al mismo tiempo
 » nos instruye por medio de los Libros santos. Nos ma-
 » nifiesta nuestros deberes ; nos dice lo que tenemos que
 » hacer para el bién de nuestras almas : nos amenaza con
 » sus castigos, nos anima con sus promesas, y sin em-
 » bargo, no nos aprovechamos de los unos ni de las
 » otras ; Como pues, podrá seros útil Marciano, cuando
 » él mismo se aprovecha tan poco de las bondades del
 » Señor, y no saca de sus gracias el fruto que podrian pro-
 » curarle, si fuese fiel á ellas ? »

« Estas palabras dieron, ocasión á que los demas habla-
 » sen tambien ; insensiblemente entraron en largos dis-
 » cursos, y por último, se retiraron muy satisfechos de esta
 » visita. Así se deduce de la intención que tuvieron los
 » obispos de elevarle al sacerdocio. Habiéndose, pues,
 » levantado, y despues de la oración con que los solitarios
 » acostumbraban terminar sus visitas, determinaron los

» obispos ordenarle sacerdote ; pero defiriendo unos á
 otros el honor de imponerle las manos, excusándose
 con el respeto con que lo miraban, se retiraron sin
 hacerlo. Lo que Dios indudablemente permitió para fa-
 vorecer la humildad de su siervo.

« Despues de esta visita, refiere Teodoreto la que le
 hizo el solitario Avito, quién, habiendo oido hablar de
 sus virtudes, quiso tener el consuelo de verle personal-
 mente. » Marciano le abrió su puerta : le recibió con
 marcadas señales de consideración, y ordenó á su disci-
 pulo Agapeto que cociese yerbas y legumbres, movién-
 dolo la caridad á tratar á su huésped mejor que él lo
 hacia consigo mismo. Tuvieron una larga conversación
 durante la cual se conocieron perfectamente uno y otro :
 despues dijeron el oficio de Nona, y en seguida Agapeto
 llevó la mesa y el pan. « Seais bienvenido, Padre mio, le
 dijo Marciano : hoy comeremos juntos. »

No era ciertamente la hora acostumbrada por los so-
 litarios, que no comian ordinariamente hasta la tarde, y
 Avito manifestó á Marciano, que le costaba no poco trabajo
 tomar la comida ántes de la hora acostumbrada. Pero
 Marciano, que tenia tanto discernimiento como humildad,
 le respondió suspirando : « Me aflige, Padre mio, que
 « pensando encontrar en mí á un hombre instruido en
 « los deberes monásticos, hayan salido defraudadas vues-
 « tras esperanzas, y que en lugar de un hombre sobrio,
 « encontreis á un religioso amante de la buena mesa. »

Comprendió muy bién Avito lo que queria decirle, y le
 confesó que hubiera querido mejor comer carne, que haber
 dado motivo para aquella reprension. Entónces se apre-
 suró Marciano á replicar. « Somos de la misma profesión,
 y observamos la misma regla. Preferimos el trabajo al
 reposo, y el ayuno á la comida : si vos tomais el alimento
 por la tarde, yo lo hago igualmente. Pero habeis de saber

que la caridad es más agradable á Dios que el ayuno, puesto que « la caridad se nos impone como un precepto, « mientras que el ayuno depende de nuestra voluntad, « y por lo tanto, en curcurso de estas dos virtudes, de- « bemos dar la preferencia á la caridad sobre las austeri- « dades voluntarias. »

De esta manera le hizo comprender Marciano, que sólomente por motivos de caridad habia adelantado en su favor la hora de la comida: pues como hemos visto en el curso de esta obra, muchos solitarios de muy eminente piedad hacian otro tanto en las mismas circunstancias, atendiendo de este modo más á la práctica de la virtud, que á la de la voluntaria penitencia, y sabiendo con espíritu de discreción, dice Teodoreto, discernir el tiempo de ejercer la caridad. La acción de gracias siguió á la frugal comida, y la conferencia espiritual á la acción de gracias. Tres dias pasaron juntos, y despues se separaron para no verse más.

No dió el Santo una prueba ménos evidente de la sabiduría evangélica, con que Dios le habia favorecido, en una visita que le hizo su hermana. Vino ésta expresamente con su hijo, que ya ocupaba un elevado puesto en la ciudad de Ciro, y le trajo algunas provisiones. Era tiempo de Pascua, en el cual, como hemos dicho, todos, á excepción de las mujeres, podian hablarle. Por esta razón no permitió ver á su hermana; pero recibió á su sobrino con religiosa dulzura. Este le rogó que aceptase los presentes que le traía, y el Santo le preguntó si habia pasado por algunos monasterios, y dejado en ellos parte de sus liberalidades. Habiéndole respondido que no, continuó el Santo diciéndole. « Pues en este caso no puedo aceptar cosa alguna, « porque, al traerme estas cosas, sigues las afecciones de « la carne y de la sangre, y no obras por pura caridad « cristiana. Además, yo nada necesito. »

No degeneró san Marciano de los demás solitarios en la defensa de la fé catolica. Como vivia en la época de los emperadores Constancio y Valente, que defendian á los arianos, tuvo también que ejercitar su celo contra estos herejes. No detestaba ménos los errores de los Apolinaristas, y de los Sabelianos, que, bajo un hábito religioso, estaban contagiados con la heregia de los maniqueos. Este celo por los santos cánones le hizo conocer á un solitario llamado Abrames, á quién atrajo á la verdadera doctrina, de que se habia separado por ignorancia.

Abrames vivia en el mismo desierto que él, y habia llegado á una edad avanzada, despues de ejercitarse, dice Teodoreto, en todo género de virtudes. Sobre todo se admiraba en él un espíritu de compunción, que le hacia derramar constantemente lágrimas. Abrazó primeramente por ignorancia el error de los Cuartodecimanos, llamados así, porque, á semejanza de los judíos, celebraban la Pascua el dia catorce de la luna de Marzo, lo cual habia sido prohibido por el concilio de Nicea. No era él, dice su historiador, el único que habia caido en este error. San Marciano compadecido de él y celoso del prestigio de los santos canones, se propuso atraerle á la verdadera Iglesia; pero no pudiendo conseguirlo, le declaró que se separaría de su comunión. Preciso es convenir en que esta declaración, juntamente con sus discursos, produjo el resultado que el Santo deseaba. Abrames, que sólomente habia pecado por sencillez, concibió un sincero arrepentimiento de su falta, y volvió al seno de la Iglesia.

Era tan generalmente conocida la virtud del Santo, que, aún viviendo, se edificaron en diferentes lugares capillas, para depositar en ellas sus reliquias despues de su muerte; pues todos pretendian ser depositarios de ellas en la tierra, para tenerle por protector en el cielo. El hijo de su hermana, llamado Alipo, edificó una en Ciro: Zenobiana,

señora de grande consideración, y tan rica en virtudes como en bienes temporales, construyó otra en Chalcira, y así otras muchas. Su humildad no pudo ménos de alarmarse, cuando llegó á su conocimiento, y para evitarlo, hizo que su discípulo Eusebio le prometiese bajo juramento, que le enterraria secretamente en el desierto, y que no manifestaria el lugar de su sepultura más que á otros dos discípulos, en quienes tenia grande confianza: así como también que no hablasen de él en una larga serie de años, á fin de que se borrara su memoria, ya que no habia querido vivir sino para Dios.

Eusebio ejecutó puntualmente su voluntad: hizo que durante mucho tiempo se ignorase su muerte, y cuando llegó á saberse, vinieron muchas personas á buscar su santo cuerpo; pero no pudo ser encontrado hasta despues de cincuenta años, y esto porque el único discípulo que quedaba, viendo que se habian puesto reliquias de mártires en las capillas edificadas, y creyendo que ya no serian trasladadas las del Santo, descubrió el paraje en que Eusebio las habia depositado, y los que heredaron su celda las colocaron en una tumba de piedra que hicieron con este objeto.

Esta traslación se hizo, según Tillemont, dos años ántes de que Teodereto escribiese las Vidas de los Padres, y por consiguiente, hacia el año 438, y cincuenta despues de la muerte del Santo, que debió, por lo tanto, tener lugar en 388. Los griegos celebran su fiesta el 2 de noviembre, y Baronio les ha seguido en el Martirologio Romano. No se sabe la edad en que murió, pero es de presumir que era muy avanzada.

